

Référence bibliographique: Joseph Álvarez y Valladares [José Clavijo y Faxardo] (Éd.): "Pensamiento LXXIII", dans: *El Pensador*, Vol.6\73 (1767), pp. 15-30, édité dans: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Éd.): Les "Spectators" dans le contexte international. Édition numérique, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.675

Pensamiento LXXIII

Entre todas las pérdidas, que pueden tener los hombres, ninguna es tan irreparable como la del tiempo. La hacienda perdida, la salud, y aun la honra, pueden recuperarse: el tiempo pasado no volverá jamás. ¿Quién creyera, que siendo el tiempo una cosa tan preciosa, y la reparacion de su pérdida tan imposible, tuviésemos casi todos tan poco cuidado de distribuirlo con economía, empleandolo de un modo digno, y util? Sin embargo, esto es lo que generalmente sucede. El tiempo llega, y desaparece, sin dejarnos mas utilidad, que la que saca un avaro de un pedazo de oro, à que no toca. El discurso de nuestra vida no se puede contar por el uso que hemos hecho del tiempo, sino por el numero de los años; como el dueño de una heredad, que no se cultiva, no puede contar el valor de ella por los frutos que produce, sino solo por la extension del terreno. Somos pródigos de la unica cosa en que la avaricia puede ser virtud, y procedemos como necios, è insensatos.

Si se fuese à examinar à hombres, y mugeres en orden al empléo de su tiempo, y se les diese credito, nadie havria, que pasase su vida en la inaccion, y todos podrian contar ocupadas las veinte y quatro horas del dia; pero que estas ocupaciones llegasen à pesarse en el peso del juicio, y la razon: entonces se veria como el mayor numero de gentes pasan su vida en una ociosidad laboriosa. El hombre que empléa todas sus horas entre el paséo, el juego, y las visitas; y la señora que ocupa las suyas en consulta con el espejo, y en continuo exercicio con el abanico, pueden pretender que se les cuenten estos ocios como ocupacion; pero la razon no pasará por esto, y dirá alta, y firmemente, que es una ociosidad vergonzosa, y que la ociosidad no se evita, entregandose à ocupaciones frivolas, y ridiculas, peores que la misma ociosidad.

“Hay ciertas criaturas (dice un Autor) llamadas hombres, y dotadas de una alma espiritual, que emplean toda su atencion, y casi todo el tiempo de su vida en aserrar marmol: ocupacion harto pequeña, y miserable para unos entes dotados de razon; pero hay otras entre estas mismas criaturas, que se admiran de vér à aquellas empleadas tan bajamente, siendo ellas del todo inutiles. Aquellas hacen poco, y estas hacen menos.” No es muy considerable empléo el de un hombre ocupado en aserrar una piedra, ò un madero, ni el de otro dedicado à pasar, y reparar un ladrillo sobre otros, para pulirlos; ¿pero Domiciano en las horas que se dedicaba à cazar moscas, el que se aplica à hacer equilibrios, y otros, de quienes se puede decir con Luciano, que se destinan à medir la extension del salto de una pulga, se emplean mejor? Aquellos se han reducido, ò los ha reducido la necesidad à una esfera, en que les es propria aquella ocpacion, y con ella sirven al público, y adquieren su subsistencia: estos, ni sirven al público, ni à sí mismos; y al paso que guardan con afán el dinero que adquieren, pierden gustosos un tiempo mas precioso que todos los thesoros.

Ciceron dice, que los hombres, que no se ocupan en alguna cosa considerable, no merecen ser contados entre los vivientes; y entre las leyes, que Solón tomó de los Egepcios, y dió à los Athenienses, havia una, que no solo obligaba à todos, sin excepcion de persona, y con pena de muerte, à dár cuenta de su ocupacion, sino que daba tambien facultad à qualquier persona para acusar juridicamente à los que empleaban mal el tiempo. Esto debió engendrar en los Athenienses la loable costumbre de emplear utilmente su tiempo; y yo no sé cómo otros Legisladores, que previendo los funestos efectos de la disipacion de la hacienda, prescribieron reglas para impedirla, olvidaron las concernientes à atajar la disipacion del tiempo, que en mi concepto es mas nociva.

Todo esto me hacia desear, que los hombres se dedicasen à tener un diario exacto de sus acciones, para que en él viesen cómo el tiempo sé les huía de entre las manos. Procuré persuadir à varias personas de ambos sexos à hacer este ensayo, y algunas me havian ofrecido practicarlo; pero habiendo pasado mucho tiempo, no esperaba yá vér cumplida su promesa, quando cierto sugeto, empleado en una Oficina, me embió un diario de su vida. Es largo, y solo copiaré aqui una semana.

“*Domingo* 11. de Enero. Me levanté á las nueve. Viento Norte. De nueve á nueve y media tomé chocolate, y me lavé. Me estuve á la copa hasta las diez, que vino el Peluquero. Dice, que la viudita de la calle de Alcalá vá viento en popa con su galantéo. Salí de casa á las once. No se ha mentido de provecho en la Puerta del Sol. Esta tarde se representa: *El Montañés en la Corte, y Tambien hay duelo en las Damas*. Hice quatro visitas. No sé qué diantres tiene hoy Doña Agustina, que me ha puesto mala cara; pero ello se pasará. En la calle del Relox me han dicho, que no estaba en casa la señora: será mentira, porque el coche del cortejo estaba en la callejuela. Misa en el *Buen Suceso* á las dos. No estuvo cierta persona, y me temo, que no ván bien los negocios del Marqués. Comí á las dos y media. La comida estaba fria, y salada. Desde que la cocinera tiene cortejo, no hace cosa de provecho. Será preciso despedirla. Fuí á vér la Comedia del *Montañés*. Muy tonto es Don Lain, muy pesado, y sin gracia. Tertulia á las siete. Han venido abanicos de Biombo, que son de nueva moda. Ván muy caros. Luego que el Mercader haya bajado la colera, compraré uno para Doña Agustina. Entretanto diré que no se encuentran. Vine á casa á las once. Mientras se disponia la cena, leí un poco en *la Garduña de Sevilla*. Autores como el de esta Obra necesitamos en España, y no los de esta era, que ni enseñan, ni divierten. Cena á las once y media. Ván á dár las doce, y me voy á acostar.

Lunes 12. Me levanté á las ocho y media. He dormido bien. Sigue el viento Norte. Tomé chocolate. Me lavé las manos; pero no el rostro, porque el agua estaba muy fria. A las nueve ha venido el Peluquero. No ha trahido noticias. Día de barba, y el Barbero no ha parecido: mañana llevará su reprimenda. A las diez entré en la Oficina. Vieja moda, de los *Ayrones* renovada. Escribí una carta para el Parte, y me corté las uñas. Salimos á la una. Visita ordinaria. Vine á casa á la una y media. No es vida esta para llegar á viejo. Domingullo no tarda yá tanto en los recados. A las dos me puse á comer. El vino se ha torcido. Siesta hasta las tres. De tres á quatro y media he dado una buelta al paséo del Pardo. El ayre se ha puesto al Nordest. El cochero del Marqués de S. * estaba borracho. Bolví á casa á las cinco á mudarme zapatos, y tomar la capa. Tertulia á las siete. Estos días estoy desgraciado en el juego. Cinco veces me sacaron el caballo de copas en ultima. Se ha tratado de las virtudes del chocolate, y de los helados. Trevejo, el perrito de Doña Teresa, está malo. No vino Don Jayme, y hemos carecido de noticias. Me retiré á las once. La cena estaba quemada, y he reñido mucho. Ahora son las once y media. Me voy á la cama, y leeré hasta que me venza el sueño. *Nota*. No he podido averiguar de qué vive el vecino del num. 10. Esta averiguacion queda para mañana.

Martes 13. Me levanté á las ocho. He dormido muy mal. De ocho á nueve me limpié la dentadura, tomé chocolate, y me peyné. La novia no está muy contenta, segun me ha dicho el Peluquero. Reñí al Barbero por su descuido de ayer. Hice pegar un boton de la casaca. De nueve á diez conversacion con la vecina del quarto principal. A las diez y media entré en la Oficina. La Gaceta no trahe cosa particular. Muchos días há que no se habla del Principe Heraclio, y estoy con cuidado. Discurso de Don Gregorio sobre el estado actual de Polonia. He tajado las plumas. De una á dos y media visita ordinaria. Disputa con Doña Agustina sobre el color de aurora. Comí á las tres. La comida desabrida, y ha olvidado echar tocino en la olla la cocinera. La he despedido. A las tres y media á tomar el Sol á Palacio nuevo. De quatro y media á seis jugué los trucos. De seis á siete tres visitas. Peste hay de cortejos. A las siete á la tertulia. El nuevo Gran Visir durará poco, segun parecer de D. Jayme. Question sobre si la Sultana válida es de Circasia, ò de Georgia. A las once á casa. Tomé chocolate. Leí una jornada de *el Asombro de Turquía*. ¡Qué de disparates! Dí cuerda á mi relox, y me quedé dormido.

Miercoles 14. Viento Ouest. Lo ordinario hasta las diez dadas, que entré en la Oficina. Poca conversacion. Escribí una carta, y salí á la una rebentado. Visita de obligacion. Mi cortejo me alabó mucho ciertos cortes de bata de ultima moda. Hiceme sordo. Retiréme á la una y media. Un hombre alto con vestido de color de pasa me preguntó en el camino, si havian venido besugos. Comí á las dos. Hice una siesta bastante larga al brasero. No salí en toda la tarde, esperando la lluvia, que anunciaban el Almanak, y el Prognostico. No llovió, y perdí una muy buena tarde. *Nota*. Que no he de creer mas en Prognosticos, ni Almanakes. Tertulia de ocho á once. Cena á las once y media. Mi criado estaba medio dormido, y rompió dos vasos, y la botella. Me acosté á las doce dadas.

Jueves 15. Levantéme á la hora de ayer. Lo ordinario de chocolate, barba, y peynado. No ha havido Oficina. De diez á once estuve al balcon con la bata nueva. Dos mugeres de la callejuela de enfrente me parecen muy sospechosas. De once á doce oí disputar á varios criticos en la Librería de Orcél. El caballero R. *** está impaciente porque llegue el tiempo de los guisantes. A las doce fuí á vér á mi cortejo. Me hizo quedar á comer. Hablóme ampliamente de batas, y yo le referí varias particularidades de los Viages de Fernan Mendez Pinto. De tres á quatro

y media al Retiro à tomar el Sol, y vér los Leones. Perdí una piedra de las hevillas. De cinco à siete visitas. Mucha ociosidad hay en Madrid. De siete à once tertulia. He dado dos rebesinos. A las once y media à la cama.

Viernes 16. Me levanté à las ocho. Lo ordinario de chocolate, y peynado. Mi Peluquero dice, que ha de haver grandes novedades. Temo que mienta tanto como el Pronostico. Vestíme. Camisola mal planchada. De diez à una Oficina. Visita de una à dos. Compré una bola de jabon en casa de Geniani. Los estrangeros nos llevan el dinero con frioleras. Los chicos del quarto principal no me han dejado dormir la siesta. A las tres al paseo del Pardo. Encontré à D. Luis, y hablamos mucho de Constantinopla. Villar hasta las siete. De siete à once tertulia. Mi relox se ha parado. Desde la tertulia à casa he perdido la bolsa del pelo. Cena à las once y media, y de allí à la cama.

Sabado 17. Me levanté à las ocho. Viento Nord ouest. Chocolate, barba, y peynado, lo comun. Pienso mudar de Barbero, porque no me trahe noticias. He recibido cocinera. De diez à una Oficina. He doblado papel para quando tenga que escribir. Se cree, que el Gran Señor embiará un dia de estos el cordon al Gran Visir. Disertacion de Don Domingo sobre los intereses de la Rusia. He cobrado mi mesada. Visita ordinaria. Comí à las dos. Mi nueva cocinera ha hecho su fregado al son de unas malditas seguidillas, que no me han dejado dormir. Es menester poner remedio. *Nota.* Yá está averiguado lo perteneciente al vecino del num. 10, que me tenia inquieto. De tres à quatro à Palacio nuevo. A las quatro à la extraccion de la Lotería. No me ha caído nada. Visitas hasta las siete. Doña Juana se ha echado un nuevo mueble: temo que no le dure. De siete à once tertulia. Se ha murmurado medianamente. Me he mojado bien al retirarme. He cenado en la cama, y voy à dormir.”

Dejo à mis Lectores el juicio que debe hacerse de este diario. Si vinieren otros, diré mi parecer.